

# EL PELIGRO DE SER MACHO

EN DIVERSOS PAISES OCCIDENTALES SE ESTA CUESTIONANDO LA MASCULINIDAD Y ESTE AÑO SE CELEBRARA, EN HUNGRIA, UN CONGRESO SOBRE LOS CONFLICTOS QUE ACARREA SER HOMBRE. AL PARECER, NO LLORAR, DAR LA TALLA Y LLEGAR MAS LEJOS ES AGOTADOR Y A VECES PELIGROSO. POR LLUM QUIÑONERO.

Dicen algunos especialistas que ser varón es peligrosísimo para los propios varones. Llegar más lejos, ser el primero, no llorar, dar la talla y tenerla más larga acaba por resultar arriesgado en ocasiones. Son las primeras víctimas físicas de una sociedad creada en masculino; caen como chinches, afectados por la ansiedad y la angustia que les produce la competencia a la que se ven sometidos, en mayor medida que las mujeres. José Mari era el líder de su pandilla. Tenía catorce años y era reconocido por todos como el más habilidoso con la pelota y en tantas otras actividades que su grupo inventaba sin parar. Entre sus pruebas imbatidas estaba el ser el más rápido recorriendo a raudas zancadas las rocas de la escollera del puerto. José Mari era el más rápido, pero no vivió para contarlo: murió desnucado un día de lluvia, entre las enormes piedras que le habían dado tantas satisfacciones. Como José Mari, muchos varones, tengan la edad que tengan, por «dar la talla», por «estar a la altura de las circunstancias», mueren en el empeño. Y es que, como dice el psicólogo argentino Norber-

to Inda, «ser varón es un factor de riesgo». De cada diez personas que mueren ahogadas en el mar entre los doce y los diecinueve años, sólo una es mujer. El ideal masculino se va creando desde el momento de nacer. No hay nada en el cuerpo de un varón que justifique mayores cualidades que las que posee un cuerpo femenino para nadar; sin embargo, son ellos generalmente quienes se meten en el mar y se exponen a situaciones tan graves que en ocasiones son incapaces de superar. Pero la cosa no queda ahí. Que Norberto Inda no está muy desencaminado en lo que dice lo demuestra el dato de que la esperanza de vida de los hombres en relación con las mujeres en los países occidentales resulta inferior en ocho años. «A pesar de que el número de hombres que va a las consultas médicas de los ambulatorios es infinitamente menor que el de las mujeres, llama la aten-

ción que las camas de los servicios hospitalarios están ocupadas por el doble de varones que de mujeres. ¿Qué quiere decir esto? Pues que los descendientes de Adán esperan hasta el último momento para pedir ayuda. Sólo acuden al médico cuando ya no pueden más», afirma Norberto Inda. Y es que el aprendizaje de lo masculino lleva aparejado el rechazo al cuidado del cuerpo; ocuparse de uno mismo en ese sentido es poco masculino, cosa de maricas. Site caes y te haces daño, no te debes quejar, y desde luego está prohibido llorar. El resultado es que los varones piden ayuda, por lo general, cuando el dolor que padecen o el mal que tienen es ya muy agudo. De ahí que estén ocupando las camas de los hospitales. De ahí que sean víc-

tivos, su forma de relacionarse con las mujeres, sus problemas sexuales... Uno de esos grupos lo puso en marcha, en Valencia, el psicólogo clínico Joan Vilches. Ahora la iniciativa está algo más extendida y también funciona en Barcelona, Sevilla y Bilbao. Y para 1992 se prepara un encuentro internacional en Hungría para tratar sobre los conflictos de la masculinidad.



ADAN Y EVA

timas de muerte por hipertensión en un 40 por 100 más que las mujeres y que se lleven la palma también en las defunciones por enfermedades cardiovasculares, en neumonías o cáncer, entre otras.

## LA MASCULINIDAD, CUESTIONADA

En los últimos años se está produciendo el curioso fenómeno de que grupos de hombres de diversos países occidentales comienzan a reunirse para cuestionar la masculinidad. Estados Unidos, Canadá, España, Alemania, Argentina, Colombia... En ocasiones, de la mano de psicólogos clínicos o simplemente de grupos de amigos, algunos varones han buscado en colegas de su sexo el apoyo que requerían para tratar sobre sus conflictos afectivos.

«Hasta ahora no había razones para cuestionarse la masculinidad. Nada existía que exigiera a los hombres un cambio en su masculinidad —afirma Joan Vilches—. Las mujeres se conformaban con que sus maridos no fueran alcohólicos y no les pegaran; sin embargo, en las últimas décadas, y por efectos de la lucha del movimiento feminista, las mujeres han empezado a querer que los hombres fuéramos de otra manera; eso ha supuesto un reto para muchos varones, que se han encontrado incapaces de afrontar la transformación exigida. Acarreamos una educación sexista: nos han formado para que seamos machos y ahora nos exigen que cambiemos. Por eso es necesario que aprendamos juntos a afrontar las nuevas situaciones.» «Las mujeres ya no quieren un machista como compañero —continúa J. Vilches—. Exigen una cierta feminización del comportamiento. Y no tenemos modelos de conducta. Aprendimos a ser hombres siguiendo el ejemplo de nuestro pa-

HACER PARIS-DAKAR EN TRACTOR,  
BAJAR EL AMAZONAS EN UNA BARRERA  
O SUBIR AL ANAPURNA EN CHANCAS.  
TODO ES ME PARECE MUY BIEN...  
AHORA LO QUE ME GUSTARIA ES QUE  
BAJARA EL CUBO DE LA BASURA...



NOJ HAN EXIGIDO SER MACHOS Y AHORA NOJ PIDEN OTRA COSA...

DE CADA 10 PERSONAS ENTRE 12 Y 19 AÑOS QUE MUEREN AHOGADAS EN EL MAR, SOLO UNA DE ELLAS ES MUJER. Y ES QUE SER VARON ES UN RIESGO, PUES HAY MUCHOS QUE PARA «DAR LA TALLA» Y «ESTAR A LA ALTURA» FALLECEN EN EL INTENTO.

dre, del cura o del maestro al que admirábamos, y ahora nada de eso vale. Ellas no nos quieren agresivos, ni autoritarios. La presión de las mujeres es el motor de nuestro cambio. Un cambio difícil, traumático, pero necesario. No es lo mismo que las personas se vinculen porque se necesitan a que lo hagan porque se desean. Las relaciones de nuestros padres han

salir. "Los hombres no lloran", "los hombres no se quejan"... eran sus frases preferidas. Yo le admiraba; vestido de uniforme me parecía alguien muy importante. Pero en casa jamás aprendimos a manifestar nuestros sentimientos. Mi padre no lo hacía, ni aun hoy, ya muy suavizado por el paso de los años, lo hace. A mi madre la llamaba "la jefa"; sólo se refería a ella por su nombre cuando hablaba con terceros. Para nosotros era eso, "la jefa", ni siquiera "mamá". Después de aprender a esconder lo que sientes, a no manifestar jamás tus inseguridades, tus deseos, es muy difícil comunicarse de verdad con otra persona. Reconozco que he hecho esfuerzos, pero no creo que consiga cambiar lo necesario. He tenido varias parejas y ellas siempre me reprochan mi incapacidad para hablar de mis sentimientos. Es algo que probablemente no consiga transformar; está demasiado arraigado en mí.»

A Juan Carlos, un economista de treinta y dos años, le pasa algo parecido. Se muestra capaz de hablar de los asuntos más variados: lo sabe todo so-

bre mecánica, todo sobre las últimas marcas deportivas en atletismo o las peripecias de la liga de fútbol italiana. Es un manitas en casa, e incluso cocina magníficamente. Pero cuando las chicas con las que liga quieren hablar de lo que cada uno siente, a él le entran ganas de echar a correr. «Siempre es la misma historia —afirma—. Todo va muy bien hasta que insisten en que hable de mí, entonces me paraliza; no sé qué decir, de verdad. Me he pasado la vida entre hombres: diez años en un internado y otros siete en un puesto de trabajo en el que sólo hablaba con hombres. Mi padre era un seductor, una especie de Don Juan. Yo le admiraba. En cierto modo, yo soy también algo así. Pero ahora me gustaría poder tratar a las mujeres como ellas me piden que lo haga. Pero no soy capaz. No sé hacerlo.»

ANESTESIA GENERAL

Los hombres padecemos una especie de anestesia general. Estamos dañados en nuestra capacidad de amar y de gozar —afirma Joan Vilches—. Una de las heridas más grandes que yo observo en los varones es la falta de contacto con el padre. Por lo general, el modelo estuvo siempre lejano de los hijos. De niños no trataron con su pa-

dre, por eso no saben cómo deben tratar a sus propios hijos, porque no está incluido en sus normas de aprendizaje, de comportamiento. El deporte, el trabajo..., son lugares comunes del lenguaje masculino. Pero los sentimientos no van incluidos; ahí se pone de manifiesto la vulnerabilidad de cada cual, y a los hombres no les correspondía mostrar sus debilidades. De ahí que cada varón haya interiorizado un juez, un policía que continuamente les exige que esté a la altura de las circunstancias. «Las máximas

muestras de cariño hacia mis amigos o mi propia familia eran siempre bastante distantes —cuenta Manuel Muñoz, un médico rural de treinta y cuatro años—. No recuerdo haber hablado de mis sentimientos como lo hacen las mujeres entre ellas. Y estoy seguro de que jamás le he dicho a un amigo algo cariñoso. Cuando me llevaba mejor con alguien siempre nos acabábamos pegando de broma; creo que era la única forma de contacto que nos permitíamos. Está claro que había que cuidarse de que nadie pensara que pudiéramos ser víctimas de sentimientos homosexuales.»

UN POBRE CHICO

Ramón trabaja en una importante editorial. Tiene treinta y siete años, es padre de un niño y una niña, y el encargado de su cuidado: los lleva al colegio, los recoge y se ocupa de su atención cada noche. «Deseaba de verdad ser padre —dice—, y a pesar de lo duro que resulta a veces, estoy encantado de mis relaciones con

ellos. El trato amistoso y cercano con mi padre es algo que siempre eché de menos, que nunca tuve. Ahora me lo paso en grande jugando con mis hijos, bañándolos o contándoles historias antes de dormir cada día. Claro que me doy cuenta de que para algunos de mis amigos y compañeros de trabajo soy una especie de bicho raro. Hay alguno que me mira como una especie de conmiseración, como diciendo: "pobre chico, el papelón que le toca". Un día, un compañero de trabajo me confesó que durante un tiempo había pensado que yo era un calzonazos y que mi mujer me tenía dominado. Las cosas están cambiando, pero sé que todavía no es común que los hombres nos tomemos las tareas de la casa o el cuidado de nuestros hijos como un asunto que nos corresponde; de ahí que haya que aguantar incomprendiciones; pero la mayoría de las mujeres, especialmente las jóvenes, lo entienden perfectamente. Es más, lo exigen.»

El aprendizaje de la masculinidad crea en ocasiones situaciones que objetivamente resultan absurdas. Según Norberto Inda, a las mujeres se las educa haciéndolas conscientes de sus limitaciones de un modo reiterativo; sin embargo, a los niños se les reta continuamente a estar a la altura de lo que se espera de ellos. «Resulta una impos-



LOS HOMBRES NO LLORAN

estado generalmente basadas en la necesidad; un hombre ha necesitado una mujer para que le cuidara y le atendiera, a él y a sus hijos. Por su parte, una mujer necesitaba de un varón que la mantuviera. Ese modelo ha entrado en crisis y estamos en proceso de creación de una sociedad basada en unas relaciones diferentes.»

LOS HOMBRES NO LLORAN

Chema Muñoz es todo un ejemplo de una educación sexista. «En mi casa somos nueve hermanos. Los seis mayores, varones. Mi padre es militar. No recuerdo que nos besara jamás. De niños nos levantaba a toque de diana, como si estuviéramos en el cuartel. Teníamos el tiempo justo para vestirnos, lavarnos y desayunar; él nos pasaba revista antes de



EL MACHISMO TAMBIEN OPRIME A LOS HOMBRES

«MI PADRE, QUE ERA MILITAR, NO NOS BESABA JAMAS. "LOS HOMBRES NO LLORAN..." , DECIA. ASI APRENDI A OCULTAR MIS SENTIMIENTOS, MIS DESEOS Y MIS INSEGURIDADES. MIS PAREJAS SIEMPRE ME HAN REPROCHADO MI INCAPACIDAD PARA COMUNICARME.»

tura que a un adolescente varón se le encargue la responsabilidad de sus hermanas mayores de edad sólo porque él es hombre —señala el psicólogo Norberto Inda—. Se trata de un comportamiento habitual en el pasado y frecuente aún hoy. A ellas se les considera susceptibles de necesitar protección, y a él, que es menor,

dos niños que tiene con su pareja. «Ella me reprocha que soy un progre de boquilla —afirma—. Y tiene razón. Para estas cosas de la casa siempre encuentro argumentos para no ocuparme: o que no lo hago bien, o que no tengo tiempo... Creo que la solución está en que se

tengan ideas propias pero que no dejen de atender nuestras órdenes. Toda una serie de deseos contradictorios y difusos que pueden llegar a minar seriamente nuestras relaciones y matrimonios».

**EL RIDICULO, OTRO RIESGO**

Otro de los riesgos más habituales y sonados que corren los varones es el de hacer el ridículo con una cierta frecuencia. No es que las mujeres no se expongan a él, pero los hombres, dada su imperiosa necesidad de ser más, también en esto lo suelen conseguir. Por muy gracioso que se sea, no siempre se logra ser ingenioso. Pero los hay que no aciertan a encontrar el momento de callarse, de retirarse.

Son esos que siempre tienen anécdotas que contar y son capaces de acabar una velada por agotamiento de los contertulios. Poco les importa que las chicas intervengan casi o nada. Ellos siempre creerán que están apabullados por lo mucho y lo bien que lo saben hacer. La vanidad y el ridículo acaban siendo dos síntomas

mas que suelen acompañar a ese mal profundo que es ser macho.

«La primera vez que fui a la consulta de un psicoterapeuta fue para tratar un problema de índole sexual —cuenta Joaquín Gurrea, abogado, de cuarenta y un años—. Tenía unos veinticuatro años y fue a raíz de ligar con una mujer que yo consideraba "liberada". Sabía que ella me tenía una gran

consideración intelectual. El caso es que fui incapaz de tener una erección. Creo que temí no estar a la altura de sus expectativas, porque ella es una mujer sexualmente experimentada. El caso es que fue un rotundo fracaso. Aunque ella dijo que no tenía importancia, lo pasé fatal porque pensé que mi imagen se derrumbaba ante ella. Me puse tan nervioso que me sentí profundamente ridículo. Y me daba cuenta de que se trataba de un problema mío; a ella no parecía afectarle e intentaba tranquilizarme, lo que me ponía más en evidencia. Tenía puesto todo el peso de mi conquista en el éxito sexual y la



SE VARÓN ES UN FACTOR DE RIESGO...

que acuden a buscar la ayuda de un psicoterapeuta lo hacen al encontrarse con un problema que ellos atribuyen a razones sexuales, «cuando lo que suele haber detrás siempre son conflictos emocionales. Lo que sucede es que los hombres no han aprendido un código de expresión de las emociones, tanto de decir como de escuchar. Es como si hubieran sido educados para ver la realidad sólo de una determinada manera. En ese mundo, la erección se siente como un elemento de poder. Se ha hecho tanto hincapié en la importancia de los genitales, en su tamaño, en su capacidad de aguante sexual..., que la autoestima masculina pasa por ese pequeño espacio de su cuerpo que es su pene, una parte que la cultura ha sobrevalorado enormemente. Y ahora nos toca corregir o reinventar una forma de vivir. En una sociedad sexista como la nuestra los hombres tienen algunos privilegios que yo no deseo ya para mí —afirma Joan Vilches—. Yo prefiero una relación igualitaria con las mujeres, por mucho que tenga que cambiar para alcanzarlo. Pero sé que no vale con un esfuerzo personal; para que el cambio sea efectivo debe haber una transformación colectiva.»

encargue de ello una tercera persona, pero sé que ahí hay trampa. Entre lo que pienso y lo que hago hay un trecho que no soy capaz de recorrer. Me resisto a hacerlo. Me ocupo de algunas cosas de cuando en cuando, pero es para cubrir el expediente. En casa de mis padres, los varones jamás nos hemos encargado de nada. Aun ahora, cuando voy, mi madre me lo tiene todo dispuesto y me prepara los platos que sabe que me gustan. Claro que mi madre siempre ha estado sometida a la autoridad de mi padre, y yo no quiero una relación así como mi mujer.»



se le pone en contacto con una responsabilidad que no está en condiciones de cumplir, ni por edad ni por fuerza física, si es que tuviera que enfrentarse con algún supuesto agresor. Lo absurdo se convierte en una norma de comportamiento.»

**PROGRE DE BOQUILLA**

En nuestras relaciones con las mujeres que amamos todavía confiamos conseguir por consenso una posición privilegiada y dominante», afirma el norteamericano Donald H. Bell, profesor de historia, autor del libro «Ser Varón». Eso parece sugerir la historia de Lorenzo Martín, un cuarentón, profesor de literatura, que, a pesar de ser un firme defensor de las relaciones igualitarias, se ha resistido siempre a compartir de verdad las tareas domésticas y el cuidado de los

Las relaciones entre los sexos están rodeadas de modernos conflictos. Como dice de modo auto-crítico Donald H. Bell, los hombres «deseamos mujeres que nos cuiden y mujeres que se sostengan por su propio pie, mujeres que sean amantes y mujeres que alcancen el éxito profesional, mujeres que sean madres. Aunque podamos desear mujeres fuertes y competentes, también deseamos mujeres sumisas, que

RAMBO VIII "DE VUELTA A CASA"



EL IDEAL MASCULINO

provocó el efecto contrario que perseguía. Ahora tengo más experiencia sexual y creo que me comporto de un modo menos neurótico con el sexo. El éxito de una relación no depende ahora, para mí, de mi capacidad de erección; es algo más amplio, más complicado, que tiene que ver con las dos personas implicadas.» Según Joan Vilches, muchos hombres